

Históricas Digital

Enrique Plascencia de la Parra

“Historia y vida en una obra
de José C. Valadés”

p. 69-92

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Historia y vida en una obra de José C. Valadés*

ENRIQUE PLASENCIA DE LA PARRA
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Los historiadores somos poco afectos a hablar de nosotros mismos, aunque en ocasiones seamos excesivamente prolijos sobre nuestra trayectoria en la investigación o la docencia. Aquél que se interese en la obra historiográfica de un autor difícilmente encontrará datos sobre su familia, el impacto que tuvo en su desarrollo y que tal vez diera pistas de por qué ese historiador prefirió ciertos temas, sus filias y fobias que, si bien al leer las obras nos pueden quedar claras, no así la razón de ellas. Así, para el interesado en estas preguntas, el tener una autobiografía del autor que nos interesa es correr con una gran suerte. Yo la tuve, pues José C. Valadés la escribió. En este ensayo me aproximaré a una de sus obras más importantes, *El Porfirismo. Historia de un régimen*, que analizaré a la luz de la interpretación que Valadés dio de su propia vida, que es finalmente la interpretación más difícil de lograr para cualquier ser humano.

Motivaciones

En una entrevista en 1938, recién salido su libro sobre Alamán, confesaba que el *Ulises criollo* era el mejor libro mexicano que había leído, pues Vasconcelos “trazó un espléndido cuadro histórico del Porfirismo, una de las épocas menos conocidas de México y de las que más me atraen. Es ya el momento de que se haga una revalorización del Porfirismo, no una valorización, para que sepamos, cómo de un país desorganizado e informe, don Porfirio Díaz hizo una nación”.¹ Aunque en ese momento coqueteaba con una historia de la Inquisición y a mediano plazo una his-

* José C. Valadés, *El Porfirismo. Historia de un régimen*, v. I, *El nacimiento (1876-1884)*, México, Antigua Librería Robredo, 1941, 450 p.; *El crecimiento*, México, Patria, 1948, v. I y II, XXIX-331 p. y 347 p. La UNAM hizo una edición facsimilar también en tres volúmenes en su colección Nueva Biblioteca Mexicana, 1977. Las referencias a la obra las daré así en el texto: una N para el volumen I, *El nacimiento*; una C seguida de la indicación del volumen I o II para *El crecimiento*. Al final, el número de página.

¹ Ortega, “José C. Valadés, periodista apasionado”, *Hoy*, México, n. 46, 8 de enero de 1938, p. 13.

toria económica de México, poco después dejó esos proyectos y emprendió la obra sobre el Porfirismo. En ella señala que la motivación principal para realizarla es la de ofrecer una visión alejada de lo excesivamente crítico o elogioso del régimen porfirista, “penetrar en una época tan rodeada de abrojos como tan plantada de laureles” (N, p. XVII). Señala que el Porfirismo se había percibido como sinónimo de tiranía, y ese hábito le parecía suficiente para iniciar una investigación. De ahí el subtítulo, “Historia de un régimen”, para evitar caer en los afanes de calificarlo. Esa tendencia, señala, venía de dos fuentes: la que se encontraba en periódicos y revistas del periodo posrevolucionario, que en su opinión se limitaban a la anécdota que presentaba los excesos del régimen, sin ofrecer un contexto que los explicara. Como él también era periodista sabía el peso que tenían estos escritos, por su cantidad y reiteración. La otra fuente era la historia oficial. Nuestro autor recuerda las censuras recibidas por haberse ocupado, no obstante “su cuna liberal”, de personajes “excluidos o mancillados por la historia liberal”, como Santa Anna, Alamán, Gutiérrez de Estrada y Porfirio Díaz. Él cree que la historia “no es la ciencia llamada a extirpar épocas o individuos”; en todo caso ésa es tarea de la política. Dice no sentir conflicto alguno, pues lo que busca en sus investigaciones, además del amor a su país, son las huellas de lo mexicano (C, v. I, p. XXIV). La historia de lo mexicano —señala— hecha de forma independiente la inician Martín Luis Guzmán y Alfonso Junco. Ellos dan una visión que se ha llamado revisionista pero que él prefiere llamar historia oficial. Ése es el tipo de historia que busca seguir, y que tiene como premisas la libertad y la independencia. Reconoce que la historia oficial comienza en el Porfirismo, pues ese régimen denigró las luchas libertarias del país para resaltar más la paz que se vivía.

También busca contribuir a futuros estudios y por ello —a diferencia de otras de sus obras— usa notas al pie para dar las referencias exactas de sus fuentes. En una época en que en México se inicia la profesionalización de la historia, es congruente que Valadés tenga esta motivación. Seguramente también pensaba que su obra sería más apreciada en los círculos académicos que en los políticos.

El primer impulso por estudiar la época lo tuvo en 1922, cuando militaba en el anarcosindicalismo, y al hacer labor social y política en algunas fábricas de la ciudad de México vio las condiciones de trabajo de hombres, mujeres y niños; en sus *Memorias* dice:

Los dramas de ellos fueron los dramas de mi pensamiento. Mis ideas políticas me las inspiraron más que los teóricos del socialismo, los propios trabajadores, sobre todo el dramatismo femenino. De allí me vino la idea de estudiar el Porfirismo. El cotejo de ese presente con el pasado me pa-

reció indispensable para analizar el desenvolvimiento de la Revolución que había vivido y que viviría en mí permanentemente.²

El joven Valadés encontraba situaciones de miseria e injusticia muy similares a las vividas durante el Porfiriato, y que motivaba muchas críticas. Así como minimiza la influencia de los teóricos del socialismo y resalta las vivencias de los trabajadores, también como historiador tendrá la misma reserva con las obras de los especialistas, prefiriendo los testimonios documentales y hemerográficos.

Estructura de la obra: la vida de un régimen

El plan original consistía en varios volúmenes que trataran la vida del régimen como las etapas de un ente vivo, con un *Nacimiento* (1876-1884), un *Crecimiento* (1885-1900) y una *Muerte* (1901-1910). En el primero vería cómo surge el régimen, a través de la historia del Estado y de la sociedad. En el segundo, los elementos que ayudaron a consolidar el régimen y con él al Estado, y en el tercero trataría el predominio de un grupo político, los Científicos, en medio de una sociedad ayuna de independencia política. Terminaría la obra, simbólicamente, con el centenario de la independencia, lo cual le daría motivo —señala— para escribir una historia de la Revolución, que décadas después efectivamente realizaría, aunque nunca llegó a escribir el volumen sobre la *Muerte*. En cambio el referente al *Crecimiento* hará la acción de su título, y ese volumen formará finalmente dos gruesos tomos (*El crecimiento*, v. I y II). El primero toca los aspectos políticos y económicos y el segundo los sociales y culturales de ese régimen en desarrollo. La metáfora de la vida le sirve como principio ordenador, pues encontró que el mero trazo cronológico dejaba vacíos al conocimiento. Si en *El nacimiento* trata los elementos que dan origen al régimen, en *El crecimiento* da seguimiento a esos elementos ya ordenados para así “seguir el compás espiritual y material de una vida que espande y que madura hasta formar un modo de existencia” (N, p. XIX). La pertinencia de la metáfora biológica para un régimen que se

² José C. Valadés, *Memorias de un joven rebelde. Segunda*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1986, 198 p. (Colección Testimonios del Siglo XX, 2), p. 132. El tomo I de las *Memorias de un joven rebelde. Primera parte de mis confesiones*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1985, 199 p. (Colección Testimonios del Siglo XX, 1), abarca desde su nacimiento hasta 1915; el II, de 1916 a 1927, y el III, inédito, conocido como “Confesiones de un subteniente en política”, va de 1928 a 1946. Para una glosa muy completa del tomo inédito, véase Óscar Javier Acosta Romero, *José C. Valadés. Periodista, militante e historiador*, tesis de licenciatura en Historia, México, Universidad Iberoamericana, 1986, 235 p., p. 119-161.

afianzó y consolidó en torno de una sola persona que gobernó por más de treinta años es evidente.

En *El nacimiento* son muy claras las alusiones a algo que surge: en 55 años de vida independiente, dice, no hubo nacionalidad (N, p. 1); le parece gracioso que José María Iglesias invocara la Constitución para proclamarse presidente, cuando “la gran masa de la población vivía aconstitucionalmente; que el Estado no existía más que como producto de lucubraciones políticas” (N, p. 17). Fueron años azarosos, “un paisaje sombrío que no hubiese sido capaz de iluminar el más portentoso cerebro humano, si antes no construía los cimientos del Estado” (N, p. 126). Ése es finalmente el parto fundamental del Porfirismo, la formación de un Estado nacional que estuviese por encima de los individuos, con la fuerza para imponer el orden y la disciplina, ya fuese en el ámbito público o en el administrativo. Para consolidarlo y que alcanzara la madurez debía pasar por varias etapas, algunas llenas de escollos, como en la vida de un individuo: la formación de una economía, de un sistema tributario; la protección a los grandes propietarios para formar una clase dirigente; una nueva actitud y relación con la jerarquía eclesiástica y con el mundo exterior; el ejercicio de la violencia contra el bandidaje y las rebeliones, así como la inversión extranjera en ferrocarriles y otros elementos que permitieron el control del Estado sobre habitantes y territorio. En cambio, en otros aspectos, desde su nacimiento el régimen no sentó las bases para formar una cultura nacional, pues se privilegió lo imitativo del exterior, en lugar de lo creativo y lo propio.

Una persona cuando madura, supuestamente, ya debe ser responsable de sus actos y por tanto sujeta a reprimendas y críticas más severas que en fases anteriores de su vida; de la misma forma Valadés es más severo en sus críticas cuando el Porfirismo ya ha madurado por completo. El régimen —dice— comenzó a percibirse como tiránico, pues nunca logró el equilibrio entre autoridad y libertad, privilegiando siempre la aplicación de la primera (C, v. I, p. 61). Este equilibrio pudo lograrse pues el Estado ya tenía las riendas del poder y la violencia ya no era el único camino posible. El sistema de haciendas sirvió más como instrumento de orden que de progreso agrícola. El manejo de las finanzas públicas enriquece al Estado pero empobrece a la sociedad, “mucho de terciopelo, pero nada de manta” (C, v. I, p. 118). Se engorda una burocracia sin imaginación y se privilegia la inversión extranjera, olvidando el interés público. Todo ello acentuaba el divorcio entre Estado y sociedad, que se tradujo en una visión distorsionada de la realidad, como un ensueño de riqueza y prosperidad. Una realidad raquítica cubierta de oropeles es lo que nos presenta el autor. Al envejecer Díaz, el país queda en la orfandad, con instituciones “hijas del personalismo”; queda el presidente como

monumento a la paz, símbolo del Estado necesario pero en manos de un grupo político, los Científicos; por ello, “al amanecer el año de 1900, pudo decirse que los mexicanos asistían al último día del Porfirismo” (C, v. II, p. 299). Y también veían “desde lejos, como si asistiesen a una representación teatral [...] el ocaso de un régimen, que ha poseído todo: organización, método, autoridad [...]. Antes la voz del general Díaz era escuchada con sumisión y respeto; después sólo sería un eco” (C, v. I, p. 46-47). Así presenta nítidamente la idea de decadencia y muerte que había planeado tratar como último eslabón de esta obra, pero que nunca escribió.

El peso de llamarse José Cayetano

Al señalar la estructura del *El Porfirismo* como la vida de un régimen apreciamos en Valadés una concepción muy arraigada que permea toda su obra y ciertamente su vida. En sus *Memorias* le da gran relevancia a su ascendencia, a la historia de sus antepasados: “Constituyeron mis abuelos paternos y maternos las cuatro columnas no sólo de mi sangre, sino también de mi pensamiento [...] con ellos esplende la idea de nacionalidad precedida siempre por la idea de patria”.³ Describe algunas de las características de sus abuelos: disciplina, aceptación ciega del destino, independencia individual, liberalismo, anticlericalismo, valor, moderación y cordura, por mencionar algunas. Su abuelo paterno fue médico en el ejército juarista que luchaba contra la invasión francesa; el materno era hombre de empresa, él solo hacía y deshacía su fortuna; su abuela materna seguía la tradición de la cocina mexicana; la paterna era desinhibida y provocadora ante las costumbres aristocratizantes de la época. La importancia que le da a esas cuatro columnas lo lleva incluso a una explicación social:

La convivencia amorosa y racional, más entre padres e hijos que entre cónyuges, constituye el lazo poderoso para dar sistema y hábito a las sociedades [...]. Lo digo no tanto por convicción tradicionalista, cuanto porque fue esa la esencia en la vida de mis ascendientes. La transmisión de ideas como las del trabajo y del orden —también de la perseverancia— estableció las constituciones de mi vida.⁴

En ese tenor no extraña que a su compadre Adolfo de la Huerta le dijera que “mi familia no ha aumentado, por desgracia, pues soy de los

³ Valadés, *Memorias*, t. I, p. 21.

⁴ *Ibid.*, t. I, p. 35.

que pienso que un buen padre debería tener una docena de hijos".⁵ Tampoco extraña que en su vida pública apareciera tan poco su esposa o referencias a ella en sus *Memorias*. Se llamaba Refugio Ledesma, y con ella tuvo dos hijos. En segundas nupcias se casó con Inés Ríos Flores (el único hijo de este matrimonio fue Diego Valadés, jurista que ha tenido puestos relevantes en la UNAM y en la administración pública).⁶

Como historiador, Valadés ha sido descrito por su persistente individualismo, ya que no tenía ayudantes para sus investigaciones; prefería basarse en fuentes primarias que retomar lo dicho por otros estudiosos; no quiso ligarse a instituciones académicas o unirse a corrientes historiográficas; fue además un escritor que siempre defendió lo mexicano, lo propio;⁷ también fue un historiador fascinado con las continuidades en la historia de un país, aquello que pasa de generación en generación. De ahí la importancia que le da a las tradiciones, particularmente a la cultura religiosa, por tener ésta raíces tan profundas.

Otro peso de su ascendencia está en su propio nombre, José Cayetano; nació en Mazatlán el primero de diciembre de 1901, primogénito de Francisco Valadés e Inés Rocha.⁸ El nombre era en recuerdo de un tío abuelo del niño, quien fue un periodista extremadamente crítico con el gobernador porfirista de Sinaloa, Francisco Cañedo, quien un día lo mandó asesinar. El primer José Cayetano fue orador apasionado en su juventud, de una "insubordinable vanidad" —característica que comparte José C.—, escritor que se formó solo y finalmente un político frustrado —igual que su sobrino nieto, según confesión propia—.⁹ Fue tanta la identificación que tuvo con su pariente que le parecía insoportable que perduraran las manchas de sangre en la esquina de Mazatlán donde fue apuñalado y él mismo mandó borrarlas. Después de su paso por la política, había sido secretario particular del ministro de Relaciones Exteriores Ezequiel Padilla, nuestro autor regresa a Mazatlán en 1943 para conti-

⁵ Carta de Valadés, desde Mazatlán, a De la Huerta, Los Ángeles, 22 de noviembre de 1944, Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, México, *Archivo Adolfo de la Huerta*, exp. José Valadés.

⁶ Agradezco estos datos a Patricia Galeana. Una foto de Refugio Ledesma aparece en *Hoy*, 30 de mayo de 1942, p. 22.

⁷ Artículo de P. Galeana, en Patricia Galeana *et al.*, *José C. Valadés. Historiador y político*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1992, 113 p., p. 16; artículo de Andrés Lira, en esta misma obra, p. 27.

⁸ El de 1901 aparece en casi toda la bibliografía como su año de nacimiento. Sin embargo, Acosta Romero señala que su hijo Diego Valadés afirma que nació en 1899. Pero según las *Memorias* de José C., quien evita siempre dar fechas y datos exactos, al hablar de una época precisa señala que aún no cumplía los diez años, lo que confirmaría que nació en 1901. Por ello dejo esta última fecha, sin tener la certeza de que sea la correcta. Acosta, *op. cit.*, p. 40. José C. Valadés, *Memorias*, t. I, p. 153.

⁹ Valadés, *Memorias*, t. I, p. 28-33.

nuar *El Porfirismo*, y funda un periódico que fracasa por pugnas políticas locales, que culminaron con el asesinato del gobernador Rodolfo Loaiza, quien apoyaba la empresa de Valadés. El autor del crimen fue un sicario del general Pablo Macías Valenzuela, quien después llegó a la gubernatura y hostigó al periodista hasta destruirle las prensas del periódico.¹⁰ Todo esto lo identificó más con su tío abuelo. No obstante, seguramente que por respeto y para diferenciarse de él, firmaba sus libros como José C. Tal vez también para no sentirse continuador de un destino trágico.

Las naciones, como las personas, están marcadas por su pasado, y esa marca se revela en la infancia. Ese punto de vista lo expresa Valadés así: “Después de [la niñez], la historia de mis años fue una representación de la ley del eterno retorno. Lo que se es de niño interiormente, entre los siete y catorce años será el canon de la edad adulta”.¹¹ Lo demás —indica— es destino y retorno de los mismos vicios y virtudes, ensueños y realidades.¹² Por eso le dio tanta importancia a la “infancia” de México, los años que siguieron a la independencia, en obras significativas ya desde el título: *Orígenes de la República Mexicana*, uno de cuyos capítulos se titula “Infancia de los gobernantes mexicanos”. Comprendía que la historia de esos años formativos del país era la de sus dirigentes; por ello una veta que le inspiró muchas páginas fue la biográfica: Alamán, Santa Anna, Melchor Ocampo, Juárez, Comonfort y Gutiérrez de Estrada fueron tratados por su pluma. En esas biografías encontramos la importancia que da al origen. Su retrato de Juárez:

Dominaba en él lo áspero, no de su carácter sino de su voluntad. Para el zapoteca existe una disyuntiva: o sabe mandar o sabe obedecer. De aquí que Oaxaca haya dado los soldados más disciplinados; y la disciplina es una virtud que instruye, pero también impone. De esto mismo proviene el individuo solemne y ceremonioso. Cuanto mayor es la afectación del oaxaqueño en obsequio de una persona, mayor es también la sumisión que le exige, de manera que frente a una ligera desobediencia experimenta profunda contrariedad. Así se explica en Juárez la adustez del mando y la impenetrabilidad del pensamiento. Con esas expresiones, sólo con tales expresiones, se hacía temer.

El origen que determina una actitud ante la vida y ante las cosas es un punto de vista, diría que incluso una hermenéutica del autor, al expli-

¹⁰ Acosta, *op. cit.*, p. 154-159.

¹¹ Valadés, *Memorias*, t. I, p. 171.

¹² “La misma idea que a tan temprana edad tuve sobre la belleza femenina, la función de las leyes naturales, las reglas de respeto y convivencia humanas, el espíritu de investigación y trabajo, el amor a las tradiciones, el desdén a los apetitos y la lealtad a los hermanos y amigos, ha sido invariable dentro de mi ser”. *Ibid.*, p. 172.

car vida e historia. Y en ese origen que es destino, encuentra un paralelismo entre Juárez y Díaz, incrédulos ambos de la capacidad democrática del pueblo mexicano. Origen, destino y eterno retorno de una nación. Así no le es difícil encontrar que el mismo principio de autoridad que enajena los valores democráticos se ve en Juárez, Díaz y los presidentes “llamados revolucionarios” que hicieron de una práctica política “el meollo mismo del Estado mexicano”.¹³ En 1946 Valadés se une a un movimiento que buscaba acabar con el dedazo presidencial, fundando la Federación de Partidos del Pueblo, que postularía al general Miguel Henríquez Guzmán, quien finalmente decidió no lanzarse como opositor al candidato oficial, Miguel Alemán. Durante el sexenio de éste Valadés es nombrado embajador en Líbano y Siria, y en el sexenio siguiente lo será en Colombia y Uruguay (entre 1953 y 1957).

Por su origen, nuestro autor destaca las diferencias en los habitantes del país; en el norte y en la costa el hombre es emprendedor, creativo, “poco interesado en la salud del Estado”. En cambio en el altiplano central “es indiferente, fantasioso, ingenioso, más dúctil a la autoridad” (N, p. 190-191; C, v. I, p. 91).

Esta convicción sobre los orígenes y primeros años de individuos y naciones lo lleva al estudio del Porfirismo, que es el nacimiento y crecimiento del Estado. Ese conocimiento era condición necesaria para emprender más adelante la historia de la Revolución Mexicana.

Su visión de la política y de los partidos

Hemos visto la opinión de Valadés sobre la historia oficial de México, y cómo desea ir a contracorriente de ella. También considera que la historia partidista deformó los hechos, desde los mismos nombres de los dos partidos paradigmáticos del mundo decimonono, liberales y conservadores, que él prefiere llamar partidos burocrático y militar. Estos partidos, señala en su biografía de Alamán, “que tanta importancia habían de tener en el transcurso de los años y que han sido clasificados al capricho de algunos escritores aficionados a la literatura histórica, más que a la indagación de la realidad, ora de liberales, ora de conservadores, ora de yorkinos, ora de escoceses”.¹⁴ En *El Porfirismo* el partido burocrático lo representan Juárez y Lerdo, y el militar Díaz y Manuel González. Los

¹³ Valadés, “Derivativos de la autoridad juarista”, sobretiro de *Historia Mexicana*, v. XXI, n. 4, abril-junio 1972, p. 557-571, cit. en Galeana et al., op. cit., p. 23-24.

¹⁴ José C. Valadés, *Alamán: estadista e historiador*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1987, 579 p., p. 195.

militares tenían gente emprendedora y ambiciosa en su alta jerarquía (N, p. 5). El partido militarista no era de academia, pues estaba poblado de todo tipo de gente, la mayoría sin preparación, víctimas de la condición del país (N, p. 138). La política de Juárez era de violencia, su paradigma, el fusilamiento de Maximiliano, como señal inequívoca de no querer perdonar al enemigo ya derrotado (N, p. 14). En cambio el militar era conciliador, porque supo combinar los talentos de viejos conservadores y jóvenes liberales que después formarían el Partido Científico (N, p. 52). Discrepa sobre el espíritu de progreso que se atribuye a los liberales, pues la función principal del Estado para los lerdistas era el mantenimiento del engranaje burocrático como fin último de gobierno y sociedad (N, p. 13). Nunca se quiso resolver los problemas de la tenencia de la tierra y sólo se preocupó por disolver la propiedad del clero, a través de una entidad burocrática (N, p. 244). Años después O'Gorman razonaría sobre lo falso de las etiquetas en la historia, y de cómo los dos partidos irreconciliables en México, "de tanto odiarse, se contagiaron mutuamente", y ambos terminaron creyendo en el hombre predestinado, Juárez y Díaz.¹⁵

Valadés desmenuza la legendaria sagacidad política de Díaz, en su descripción de la forma en que seleccionaba a los que llegarían a jefaturas políticas, gubernaturas, diputaciones, senadurías, ministerios y otros puestos públicos. A pesar de su poder omnímodo, Díaz prefería "fórmulas graciosas de moderación y urbanidad" para dar a conocer su decisión a cada uno de esos puestos (C, v. II, p. 281). Una fuente valiosa para conocer esa maquinaria es el archivo de Rosendo Pineda, uno de los operadores políticos de Díaz, manuscritos que le permiten desentrañar las intrigas palaciegas del régimen, conocer a los grupos políticos que rodeaban al presidente y los negocios que hacían algunos de ellos a expensas de sus puestos. Valadés encuentra una doble moral en la política oficial; por un lado, se castigaba el menor desliz o error en el manejo de los fondos públicos; pero, por otro, se permitía y alentaba los negocios a la sombra de los empleos públicos. El grupo político que hacía los más jugosos era el formado por Pineda, Limantour, Romero Rubio y Casasús. Teniendo los más importantes puestos poseían información privilegiada y capacidad de acción sobre juicios por herencia, contratos públicos y préstamos (C, v. II, p. 58-59).

Valadés también destaca la habilidad política de Manuel González, quien, aunque estaba lejos de ser un estadista, tenía sentido común para

¹⁵ Álvaro Matute, "La visión de Edmundo O'Gorman del México nacional", en *La obra de Edmundo O'Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70 aniversario*. México. Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1978, 111 p., p. 89.

el manejo de los asuntos políticos y buscaba la conciliación. La defensa del cuatrienio gonzalista la hace en parte por un motivo historiográfico: contrarrestar la imagen tan negativa que dejaron los escritores porfiristas, en su afán por exaltar a Díaz y cargarle las culpas a González.

De esta obra, Ernesto Lemoine ha destacado el capítulo sobre la política exterior de *El nacimiento*, sobre todo por el uso tan atinado de las fuentes, la mayor parte proveniente del Archivo de Relaciones Exteriores.¹⁶ Yo también destacaría el que trata esta materia en *El crecimiento*, pues en él detalla el trabajo fino de Matías Romero y su contraparte norteamericana para ocultar, decir apenas lo indispensable, o bien ser más claro cuando la ocasión lo requería. Muestra un amplio conocimiento de las formas diplomáticas, interpreta gestos y palabras. Cuando realizaba esta obra era secretario particular del canciller Ezequiel Padilla y tuvo acceso al archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. En ese tiempo se vivía el panamericanismo, doctrina de defensa americana ante las potencias del Eje. Tal vez por ello encuentra en Díaz el sentido de estadista pues, dice, “se adelantó casi medio siglo” a la reunión de La Habana de 1940 que “transformaba la doctrina Monroe en doctrina panamericana” (C, v. II, p. 204). Ésta consistía en proponer que no sólo Estados Unidos tenía la obligación de oponerse a intervenciones europeas en América, debía ser tarea de todos los Estados americanos. Valadés presenció de cerca la entrada de México a la Segunda Guerra Mundial en 1942 y era partidario de enviar fuerzas al frente, para que México —en caso de ganar los aliados— obtuviese no sólo beneficios económicos, sino también incentivo para una auténtica transformación democrática del país. Al ver que esas medidas no se adoptarían, renunció un tanto decepcionado de la calidad de estadista del presidente Ávila Camacho. Sentía que México anhelaba un triunfo en una historia plagada de derrotas, y siguió abogando por estas medidas como periodista.

Si bien el gobierno de Díaz tenía más y mejores relaciones con el mundo, a la política exterior “le faltó lo mexicano. De aquí que fuese estéril, como lo acusarán los años venideros y no conmovedora como lo ansía siempre un pueblo que ama su libertad y su progreso” (C, v. II, p. 218). Esto nos lleva a uno de los puntos medulares de toda la obra valadesiana.

Búsqueda de lo mexicano

Las bases de su interés por lo mexicano son varias: por herencia de sus abuelos y padres. También por el lugar donde nació, Mazatlán; en esa

¹⁶ Artículo de Ernesto Lemoine en Galeana *et al.*, *op. cit.*, p. 56.

época —dice en sus *Memorias*— la sociedad “era elegante y alegre, aunque en sus costumbres dominaban las proyecciones extranjeras”, que se adoptaban fácilmente; “Mazatlán —digámoslo sin amargura, ni desprecio, ni rencor— sólo fue el tránsito mudo, seco e infortunado de los codiciados, pero fugaces metales”.¹⁷ Ese Mazatlán porfirista representa el símbolo perfecto de su rechazo a lo extranjero, que en la obra aquí analizada se encuentra a cada momento. Sobre la inversión en ferrocarriles critica que favorecían el comercio con el exterior, pero poco se invertía en caminos que ayudaban a la economía interna del país (N, p. 364). El saldo sería que, al terminarse el oro, el puerto de su niñez decayó y al llegar el ocaso del Porfiriismo se tenía una economía interna deprimida.

Abelardo Villegas refiere muy acertadamente que estas ideas de nuestro autor coinciden

con lo que afirmaron por esos años [1949] algunos filósofos mexicanos como Samuel Ramos, Leopoldo Zea y José Gaos, en el sentido de que cierto esnobismo europeísta, cierto desdén por lo propio, no es más que la aceptación de formas de colonialismo que viven implícitas en la expansión de la cultura occidental. Ramos había dicho, incluso, que ese prurito extranjerizante ocultaba un neurótico complejo de inferioridad [...]. De modo que la actitud de Valadés no es chauvinista y mucho menos fascista, sino anticolonialista. Desea una historiografía libertaria y antiimperialista.¹⁸

Una idea central en *El Porfiriismo* es que la riqueza y los recursos explotados en tan largo periodo crearon una ilusión de riqueza que no se reflejaba en lo esencial: el bienestar de todos. “La ilusión de progreso se despertó al igual en el individuo que en la sociedad”, dice; se substituyó la Providencia por el progreso, toda obra y todo proyecto parecían realizables (N, p. 65 y 339); el régimen “vivía entregado a sueños de grandeza sin prever qué fatales serían las consecuencias para un país que antes de formar su propia economía se entregaba a una economía ajena” (N, p. 364). El sentimiento de inferioridad lo vemos cuando habla de los intelectuales porfiristas “sin la arrogancia de una cultura propia y con el sentimiento del sometimiento a lo francés” (N, p. 391). En una obra que escribió en la misma época, sobre la guerra con Estados Unidos, dice de la historiografía de ese conflicto:

vino a constituir el campo más propicio a las supercherías, puesto que en vez de enaltecer el patriotismo, fue sembrada la idea de perjurio [...].

¹⁷ Valadés, *Memorias*, t. I, p. 41-43.

¹⁸ Artículo de Abelardo Villegas en Galeana *et al.*, *op. cit.*, p. 102-103.

Nace aquí una historia pesimista, encargada de reunir los males y desechar los bienes en que saltan los vicios y se escatiman las virtudes; y los mexicanos, por tanto, dudan de sí mismos, condenan lo que les es propio y se entregan a lo extraño.¹⁹

En el puerto de su niñez no sólo encuentra esa forma de coloniaje sino también el espíritu de empresa de algunos de sus habitantes, que buscaban mejoras para la ciudad aprovechando la riqueza que llegaba y salía. Era la imaginación, el ingenio y la audacia que despertaban ante un panorama de prosperidad. Uno de ellos fue su padre, Francisco Valadés, quien junto a otros de sus paisanos propuso que Mazatlán fuera sede de una compañía naviera de importancia. Pero el gobierno porfirista jamás se interesó por la propuesta. A la par de esas actividades, también surgía un interés por lo mexicano, representado en un primo de su padre, José Ferrel, literato y periodista combativo. Ambos primos admiraban la obra del padre Agustín Rivera, historiador y filósofo liberal que por su descuido y desorden al escribir estaba muy olvidado; el valor más importante de su obra consiste en el llamado a crear una cultura nativa en México. En esa época es cuando —dice— se da “el nacimiento de un pensamiento mexicano”, en el que destacan Alberto García Granados, José Ferrel, Agustín Rivera, Andrés Molina Enríquez, Ricardo Flores Magón, Fernando Iglesias Calderón, Luis Cabrera y Francisco I. Madero.²⁰ Es significativo que ese despertar se da en el mismo momento en que nace nuestro autor, y tiene como escenario su tierra natal y como protagonistas a sus familiares. Tal vez por eso encuentra en el año de 1900 el declive del Porfirismo, pues en esta correlación entre vida e historia, un ciclo no puede iniciar sin que acabe otro. Recordemos que Valadés creía en el eterno retorno. Lo que empieza en 1901 es su propia vida pero también la búsqueda de un pensamiento mexicano, que lleva a la búsqueda de la libertad. José Ferrel se convierte en candidato de oposición a la gubernatura, y Francisco Valadés en su principal promotor. “Sinaloa era en aquella hora el primer piloto de la democracia; el primer centro del anti-porfirismo político.”²¹ El final era previsible, Ferrel pierde la elección ante el candidato oficial; pero también llega el drama a su familia, Francisco Valadés muere poco después. Antes, al despedirse de su primogénito por un viaje a la capital del que ya no regresaría, le pide ser leal a esas ideas de libertad. Creyó serlo nuestro autor cuando abre un periódico

¹⁹ José C. Valadés, *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos, México, Patria*, 1947, XIV-220 p., p. XI-XIII.

²⁰ Señala ese periodo entre 1890 y 1910. Valadés, *Memorias*, t. I, p. 62-63.

²¹ *Ibid.*, p. 93.

en Mazatlán y cuando funda un partido que buscaba acabar con el sistema de partido único y con el poder omnímodo de los presidentes.

Todos, al narrar nuestra vida la inventamos, la construimos, olvidamos muchos aspectos, idealizamos o condenamos otros. Valadés no es la excepción, y así como construye su vida en las *Memorias* también lo hace con la historia del Porfirismo. Por ejemplo, la llegada del protestantismo a México la explica sólo por la incapacidad creativa del criollo; por eso mejor hacía “importaciones del exterior” (N, p. 262). Al analizar la cultura señala que no se creó, se imitó, pues el “espíritu de lo mexicano” no florece bajo un Estado omnímodo, requiere de la libertad (C, v. II, p. 215-216). Basado en esa premisa que se convierte en camisa de fuerza, llega a plantear juicios por demás exagerados. De la poesía, Tablada, Gutiérrez Nájera y Neruo le parecen artificiosos por imitar a los franceses (C, v. II, p. 246-251). Igual pecado cometen algunos novelistas, incluso los que tratan el tema de lo mexicano como Manuel Payno y Rafael Delgado (C, v. II, p. 253-256). Sin embargo, no juzga tan duramente la Historia —prueba de lo apresurado de sus otros juicios—, con el pobre argumento de que el régimen “no siente amenaza alguna en el estudio de lo pretérito” (C, v. II, p. 217). En esta disciplina destaca a García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra. Nos parece más comprensible su postura ante la cultura del Porfiriato si acudimos de nuevo a sus *Memorias*, en donde afirma tajantemente que “a Ferrel se debió —y el suceso ha pasado inadvertido para la historia de la literatura mexicana— la raíz nacional que más adelante tuvieron las letras en México”.²² De nuevo vemos el tamiz de su vida y la de sus ancestros al emitir un juicio, éste un tanto aventurado, por decir lo menos.

Ese pensamiento mexicano que él ve surgir en el ocaso del Porfiriato, pudo haber influido en la actuación de Francisco Valadés y José Ferrel, como él dice. Pero también hay que señalar que esas ideas no sólo le vienen por herencia, también por el contexto que vivió de adulto. Como lo ha estudiado Abelardo Villegas, durante los años treinta y cuarenta surgió una corriente llamada filosofía de lo mexicano, aunque la condena a los extranjeros no es propia de ellos, y sí lo es de Valadés. Antes, la propia Revolución fue vista como esencialmente mexicana, sin tomar moldes o seguir a otras. Los ateneístas creían en un humanismo que pugnaba por la libertad y la creación y estaba por el bien de todos, de una cultura verdaderamente nacional. Vasconcelos fue el artífice de esta idea y buscó ponerla en práctica. Valadés se sintió atraído hacia su figura, tanto que en plena efervescencia anarquista llegó a solicitarle empleo, quiso

²² *Ibid.*, p. 53. Sobre la idea del destino familiar de Valadés unido al de la nación, véase artículo de Jean Meyer en Galeana *et al.*, *op. cit.*, p. 60-61.

servir al Estado que buscaba destruir. De Vasconcelos dice que dio “lustre a la inspiración creadora de la Revolución, de manera que transformó el sentido de la guerra en doctrina social”.²³ Lo recuerda en el exilio “enhiesto, fulgurante acompañado de los rayos casi divinos de su genio —del genio incomprendido de su patria; y yo le acompañé como el más modesto de los periodistas”—.²⁴ En 1927 apoyó la candidatura independiente de Francisco Serrano, por lo cual fue apresado en Cuernavaca. A finales de ese año viaja a Los Ángeles para colaborar en el diario *La Opinión*, ciudad donde trató a Vasconcelos y a otros exiliados. En 1930 regresó a México en calidad de corresponsal de ese periódico.

La derrota política de Vasconcelos, junto a los negros augurios que aparecen en *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán sobre la efectividad del sufragio, provocaron una desilusión sobre la Revolución Mexicana. Luis Cabrera escribía que el Estado cardenista incurrió en lo mismo que se criticaba a Díaz; adoptó el marxismo que era una solución extraña a la realidad mexicana; antes se creía que Díaz era el supremo intérprete de la felicidad popular, ahora era el Estado omnímodo.²⁵ Estas ideas de Cabrera, comunes a la época en que Valadés escribió *El Porfirismo*, seguramente influyeron en Valadés a la hora de pensar y confeccionar su obra.²⁶ Si tanto critica la tendencia a la centralización en la madurez y ocaso de ese régimen es porque veía que la historia se repetía en su tiempo, como el eterno retorno que describe para su vida.

Valadés fue antes que nada un liberal a ultranza, de ahí su defensa del individuo. Por eso es fácil entender su anarquismo, más que como teoría política que abrazó en su juventud, como actitud vital para protegerse de la fuerza de atracción que ejerce el Estado. Pero eso no le impidió valorar que la gran asignatura pendiente era la de forjar el Estado, y ése fue el gran mérito de Díaz. Cosa muy distinta es la estatolatría; de ahí la importancia que da al periodismo independiente del Porfiriato (encarnado en José Ferrel), a las iniciativas individuales y a los movimientos en favor de la democracia y en general de todo aquello que surge, casi dijéramos, a pesar del Estado. Aun el progreso que significó el ferro-

²³ José C. Valadés, *Historia del pueblo de México* (1967), cit. en Martín Quirarte, “Del Breviario al recinto de la gran Historia”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. IV, 1972, p. 127-191, p. 170.

²⁴ Valadés, “Memorias”, t. III, cit. en Acosta, *op. cit.*, p. 121.

²⁵ Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 238 p. (Vida y Pensamiento de México).

²⁶ En 1967 Valadés escribía sobre el gobierno de Cárdenas: “Aunque a cada hora era invocada la Revolución, ésta que empezaba a dar base y muros a un Estado progresista y rutilante, comenzó a marchar francamente hacia el absolutismo de un Estado burocrático, producto de un semimarxismo y de un semifascismo”. Sin embargo, reconocía el deseo sincero de Cárdenas por mejorar la situación del proletariado, cit. en Quirarte, *op. cit.*, p. 187.

carril lo aprecia más como difusor de noticias del incipiente periodismo, de darle realce a las regiones que tanta importancia tendrían en la Revolución, y de romper el aislamiento que favorecía los cacicazgos (C, v. I, p. 314).

De esas actividades es importante destacar algunas de su propia trayectoria: cuando militaba en el anarcosindicalismo en los años veinte, comenzó a interesarse en la Historia, y de forma solitaria estudiaba ésta y otras disciplinas en la Biblioteca Nacional. En 1934, junto a Vito Alessio Robles, apoyó la candidatura del general Antonio I. Villarreal, que se oponía a la oficialista de Lázaro Cárdenas. También su actividad como periodista estuvo muy ligada a Clío, pues muchos de sus artículos tenían temas históricos; fue corresponsal por trece años de *La Opinión* de Los Ángeles, diario crítico de los gobiernos posrevolucionarios; también escribió para las revistas *Todo*; *Hoy*, de Regino Hernández Llergo, y más tarde *Mañana*, todas de carácter independiente. Las últimas décadas de su vida las dedicó casi por entero a la investigación. Escribió varias obras y dio clases en distintas instituciones hasta su muerte el 24 de enero de 1976.

La sociedad porfirista y sus personajes

Valadés gusta de describir a los personajes en una o dos frases, más que retratos serían esbozos. En ellos plasma cualidades y defectos, en un afán por la ecuanimidad, virtud que le ha reconocido Jean Meyer. Del general Carlos Pacheco dice que atendía a consejos, “era trabajador, pero sin orden y disciplina” (N, p. 55). Describía a José María Mata como persona “de exagerada probidad, pero de pequeño espíritu” (N, p. 295). Vicente Riva Palacio era “hombre más de tertulia que de Estado, proyectista más que organizador” (N, p. 340). A los más talentosos del régimen los demerita por sus ideas extranjeras, como Francisco Bulnes y Justo Sierra, quienes parecen —dice— haber nacido en Europa. Al primero lo considera “el ingenio más feliz y más vivo del régimen porfirista. Pretende ser sociólogo, historiador, político y economista; pero no es más que un maravilloso orador”. Sierra es brillante, pero carece de doctrina, no propone, en cambio es un artista al exponer (C, v. I, p. 36). El reduccionismo en estos juicios es palpable: como desprecian la cultura propia, copian lo extranjero; al copiar desaparece en ellos lo creativo, por tanto sólo queda el virtuosismo de la exposición.²⁷

²⁷ Otro ejemplo al hablar de los economistas del régimen, Joaquín Casasús y Pablo Macedo, de quienes dice que conocían mejor la situación francesa que la mexicana (C, v. I, p. 221).

Estos personajes se mueven en una sociedad que Valadés retrata con algo que Abelardo Villegas ha enfatizado: un intento por alcanzar el alma o esencia de los acontecimientos, que lo mismo puede hacerse “por la vía de los hechos económicos que por las costumbres de la vida cotidiana”.²⁸ Igual habla de la moda, las diversiones públicas, la costumbre de los duelos y la vestimenta. En sus descripciones aparece la forma de vida de los ricos y de los pobres, contraste que le sirve para mostrar la brecha que fue ensanchándose durante el régimen y que preocupó poco a sus dirigentes. La desproporción en el ornamento, el remedo de lo extranjero caracterizan la arquitectura porfirista, mientras que en la provincia se da más la sencillez y la armonía con el entorno donde se construye. En el sinaloense prevalece la idea de la capital de la República como una ciudad soberbia que veía por encima a los estados. En 1916 su familia se traslada a Guadalajara, donde el general Ramón Iturbe, sinaloense también, le dio al joven Valadés el grado de subteniente; pero su paso por la Revolución será sólo anecdótico, pues se da de baja poco después. Por dificultades económicas, la familia se instala en la ciudad de México y en 1917 comienza la carrera de medicina homeopática, que abandona dos años después. La capital le pareció aún la ciudad porfirista por excelencia, desvinculada de adelantos importantes. Al describir los vicios de la sociedad, como el ocio, la frivolidad y el juego, sus referencias casi siempre son a la capital del país; esto es muy evidente en los capítulos “La poética de la sociedad” y “Placer y soberbia”. Al hablar de la educación, señala el fracaso del plan de estudios de Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria, y en cambio valora la sencillez y el fomento de carreras técnicas en el Colegio de Guanajuato (C, v. II, p. 236).

Podemos imaginar a Valadés al escribir sobre estos temas en su solitario retiro de Tlaltenango o Mazatlán, donde escribió *El Porfirismo*, siguiendo el método que describe:

el andar despacio y sin ninguna fatiga produce la magnificencia del juicio. Ningún recurso superior he encontrado, en las horas destinadas al estudio y al entendimiento de la historia, que el de caminar pausadamente. Todo se repasa con la ponderación de vida pues hay que penetrar a todas las escenas maliciosamente para grabarlas como fueron y no como uno quisiera que hubiesen sido. La historia ha de serlo todo [...]. Lo único que no puede ser es verdad y mentira. Es posible retratar, eso sí, lo que de aquélla y ésta tuviesen hombres y sociedad.²⁹

²⁸ Artículo de Abelardo Villegas en Galeana *et al.*, *op. cit.*, p. 104.

²⁹ Valadés, “Memorias”, t. III, *cit.* en Acosta, *op. cit.*, p. 128.

Aunque él se consideraba ateo, valoraba la cultura religiosa del país, como aglutinadora de lo mexicano. Rescata algunos valores cristianos como la disciplina, la piedad, la caridad y por supuesto, la educación (C, v. II, p. 146). Durante el Porfiriato la alta jerarquía había olvidado su grey en su afán por acercarse al gobierno civil y prefirió la vida mundana a la evangelización. Esta crítica a la jerarquía es la misma que hace a la cúpula gubernamental: dejarse llevar por la ostentación y olvidar al pueblo. Enfatiza la hipocresía de los funcionarios del régimen, que multaban a particulares por decorar balcones en días de fiesta religiosa, mientras que los obispos se paseaban vestidos de púrpura (C, v. II, p. 189). Por ello destacaba la sinceridad de Manuel Ávila Camacho cuando, al entrevistarlo en 1940 para la revista *Hoy*, éste le aseguró que profesaba la religión católica, creándose un pequeño escándalo, pues algunos políticos sugirieron que Valadés había tergiversado las palabras del presidente electo, pero éste nunca lo desmintió.³⁰ En esta materia, como lo mostró en los capítulos sobre política interna y externa, muestra un excelente dominio del tema y de sus fuentes. El acercamiento tan ecuánime, cuando éste ha despertado tanta pasión en la vida política del país, podría explicarse en el retrato que da de su abuelo paterno: “Se molestaba que le calificasen de descreído. Nacido y crecido en el liberalismo demostró una y muchas veces su desprecio a las exageraciones. No concurría a la iglesia, pero era creyente. Vivía ajeno al clero, mas le parecía que los comecuras eran fatuos siempre cercanos a la conversión por el temor”.³¹ Jean Meyer ha señalado esa ecuanimidad al tratar la Cristiada en otra de sus obras fundamentales, la *Historia general de la Revolución Mexicana*.³² Esta postura ambigua hacia la religión, que también le llegaba por herencia, la tuvo desde niño pues algo en él hizo creer a sus maestros y a su madre que tenía una vocación religiosa, error que él atribuye al respeto que mostraba en la iglesia, pero no por la liturgia, sino por la música que lo conmovía.³³ Muchos años después, Alfonso Junco, de pensamiento católico conservador, también se confundía al congratularse “de que por fin hubiera surgido una buena pluma en defensa de la Iglesia, que no cayera en exageraciones que le restaran credibilidad. A esto el maestro Valadés respondió: ‘Le agradezco mucho sus conceptos, pero yo soy ateo’”.³⁴

³⁰ Fragmento “Memorias”, t. III (inédito), en Valadés, “Dos textos”, *Revista de la Universidad de México*, n. 539, diciembre 1995, p. 45.

³¹ Valadés, *Memorias*, t. I, p. 47.

³² Artículo de Jean Meyer en Galeana *et al.*, *op. cit.*, p. 63.

³³ Valadés, *Memorias*, t. I, p. 190.

³⁴ Galeana *et al.*, *op. cit.*, p. 18.

Estilo y fuentes

Da la impresión de que en la búsqueda de un estilo y un lenguaje para esta obra, Valadés cayó en excesos, cuando paradójicamente siempre abogaba por la sencillez. Él siempre se preocupó —nos dice Patricia Galeana— “por utilizar términos que no son frecuentes en el habla cotidiana, con el fin de expresar sus ideas de manera más precisa. Siempre estuvo a la defensa de la buena prosa, y sobre todo de la utilización correcta de las palabras”.³⁵ Valadés refiere el trabajo que esto le causó, al señalar cómo “la composición ahoga, si no lo poético y pasional del escritor, sí la valoración de los hechos y de los pensamientos que se van descubriendo en las horas dichosas del investigador” (N, p. XVI). Esta cita muestra cómo disfrutaba más al investigar y sufría al escribir, creo que no por falta de recursos, sino por la importancia que le daba a escribir correctamente una obra de historia. Prueba de lo anterior es su biografía de Rafael Buelna, publicada en la misma época en que iniciaba *El Porfirismo* y que, al no considerarla él una obra histórica, le permite soltar la pluma con un lenguaje accesible que comunica mejor hechos e ideas.³⁶

Valadés parecía querer exorcizar lo artificioso de la sociedad porfirista con una economía de lenguaje, con la sencillez que tanto extraña en la época. Así califica con una o dos palabras una cosa; pero esa economía hace que en ocasiones sea poco claro: el Estado porfirista quiso dar lujo a todas las cosas, dice, haciendo “de los bancos un clasicismo económico, de la riqueza una alegoría fáunica, de las letras una abyecta urbanidad y de lo extranjero una grotesca superstición” (C, v. I, p. 249). Ernesto Lemoine ya ha señalado lo inapropiado de algunos títulos de los capítulos, como “El poder del escribiente” al referirse al manejo hacendario o “El barroco del exterior” al tratar la llegada del protestantismo y los asuntos de la Iglesia católica.³⁷ Frecuentemente lo barroco se apodera de su pluma con resultados poco afortunados. Pero también hay que decir que logró definir un estilo muy personal en su escritura de la Historia.

Valadés utiliza distinto tipo de fuente dependiendo de los temas tratados, usando poco otros estudios sobre la época. En términos generales, para cuestiones de política interior utiliza mucho el Archivo de Rosendo Pineda, el Archivo General de la Nación (AGN) y el Archivo de Manuel

³⁵ *Ibid.*, 16.

³⁶ José C. Valadés, *Rafael Buelna. Las caballerías de la Revolución*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1990, 157 p.

³⁷ Artículo de Ernesto Lemoine en Galeana *et al.*, *op. cit.*, p. 56-57.

González, así como el Archivo de Relaciones Exteriores para política externa. La economía la encuentra en el *Diario de los Debates*, en una obra de estadística de la época, en memorias oficiales de ministros y gobernadores, además del AGN e informes consulares norteamericanos. Para las cuestiones sociales y culturales usa más la prensa de la época sin descuidar los distintos archivos, incluyendo el de Notarías y el Municipal de la Ciudad de México.

A Valadés le preocupaba el abuso que hacía de las citas. Por eso se justificaba al señalar que las palabras del tiempo historiado son muchas veces insustituibles, además de que su intención es “llegar a lo recóndito de un existir nacional” (C, v. I, p. XXVII). Por lo general usó con elegancia e inteligencia las citas, que además le sirvieron para evidenciar a personajes que no son de su agrado; mostró, por ejemplo, la cursilería de Bernardo Reyes como orador o el desprecio que éste tenía hacia los indígenas (N, p. 141 y 255).

Hay ocasiones en que destaca un hecho por tener un documento que resulta particularmente revelador. Un ejemplo es el mítico telegrama conocido como “mátalos en caliente”. Él poseía una fuente inédita, las “Memorias” de Teodoro Dehesa, de las que desprendió que efectivamente Díaz ordenó fusilar *in fraganti* a los conspiradores, siendo responsable él por dar esa orden, pero también el gobernador de Veracruz por haber enviado a Díaz informes excesivamente alarmistas sobre la situación (N, p. 143-158). La minuciosa descripción que hizo del caso es un ejemplo de lo bien que sabía llegar al fondo de las cosas. Aquí destacamos un aspecto formidable de Valadés: la capacidad para consultar y hacerse de documentos históricos. En sus *Memorias* señala que varios de ellos los consiguió en Los Ángeles de revolucionarios exiliados.³⁸ Es lícito sospechar que algunos le prestaban sus archivos para que el periodista-historiador les diera alguna difusión, sobre todo cuando sentían —por su condición de expatriados— que su trayectoria caería en el olvido; en esa circunstancia, Valadés pudo haberse aprovechado para quedarse con algunos de esos archivos.³⁹

³⁸ Estuvo ahí entre 1928 y 1930. Esos escritos fueron muy importantes para dejarle, cuando menos como proyecto, una historia de la Revolución. Valadés, *Memorias*, t. II, p. 192.

³⁹ Uno de ellos, Adolfo de la Huerta, le había confiado parte de su archivo; en una carta De la Huerta le pregunta qué había pasado con éste, y Valadés le responde el 22 de agosto de 1943: “los únicos papeles que tengo conmigo son los que me están sirviendo para terminar el segundo tomo de *El Porfirismo*”. Sin embargo, en su *Historia general de la Revolución* (t. VII, 1967) cita documentos del archivo de De la Huerta. Véase Archivo Adolfo de la Huerta, José C. Valadés.

Repercusiones

Cuando en 1941 salió de la imprenta *El nacimiento*, Ezequiel Padilla dio un banquete para dar a conocer la obra, al que asistieron numerosos intelectuales; pero esa reunión, en palabras del interesado,

sólo sirvió para que se me dedicaran las más impertinentes y arbitrarias censuras. Se dijo que la obra estaba escrita para alabar a don Porfirio; que Padilla había auspiciado el trabajo; que mi propósito conducía a crear un ambiente conveniente a un futuro político. Luego, los zurdos de entendimiento llegaron a esta conclusión: mis trabajos sobre Santa Anna, Alamán y Díaz, revelaban que yo pertenecía al bando contrarrevolucionario.⁴⁰

En su *Breve historia de México* publicada en 1937, Lesley Simpson vio en Valadés a un seguidor incondicional de las ideas hispanistas de Vasconcelos y redujo esta obra a una apología del Antiguo Régimen. Observaciones menos prejuiciosas hechas por Luis Chávez Orozco, Genaro Fernández Mac Gregor, José Rojas Garcidueñas y Mariano Alcocer sí fueron atendidas por el autor (C, v. II, p. XVIII). *El crecimiento* fue mejor recibido siete años después, pues según un reseñista era más objetivo y ya no intentaba justificar el régimen de Díaz.⁴¹ Más interesantes son las opiniones de Daniel Cosío Villegas, historiador que tenía el proyecto de coordinar una obra monumental, la *Historia moderna de México* (10 tomos), y en medio del fragor de esa empresa, contaminado tal vez por ella, ve en *El Porfirismo*

un progreso enorme sobre las demás historias particulares y aun sobre toda la literatura histórica de la época. Por primera vez se hace una investigación seria; para ello se agotan las fuentes secundarias, se va a las primarias y con una energía impresionante: es difícil imaginar que otro investigador pueda repetir la hazaña de consultar tal cantidad de documentos [...]. Valadés se propuso presentar un cuadro completo del Porfirato: su vida política, su vida económica y su vida social.

Cree que con el periodo que le falta (*La Muerte: 1901-1910*) reunirá dos tomos más, que en total podrían sumar más de dos mil páginas. Ve-

⁴⁰ Ese futuro político, es de suponerse, era la precandidatura de Ezequiel Padilla. "Memorias", t. III, *cit.* en Acosta, *op. cit.*, p. 144.

⁴¹ Lesley Byrd Simpson, "Reseña del libro *El Porfirismo: historia de un régimen*". *The Hispanic American Historical Review*, v. 22, n. 1, febrero 1942, p. 116-122. Julio Martín, reseña de *El Porfirismo*, *El Nacional*, 21 de marzo de 1948.

mos en estas consideraciones de Cosío la justificación de su propio proyecto: la conveniencia de hacerlo en equipo; pero en otro aspecto sigue la división temática del autor reseñado como vida económica, política y social del régimen. A Cosío le parece poco agradable la lectura de *El Porfirismo*, pues “a veces escuece, irrita”. Cree que su autor se propuso ser “una especie de escritor tozudo, cuyo extremo, el *tough writer*, ha estado tan de moda en la reciente literatura norteamericana. Nosotros tuvimos mucho antes esa clase de escritores, Francisco Bulnes y José Vasconcelos han podido servir de modelos”. Le parece que el trabajo de investigación da magros frutos, pues éste

le sirve para establecer hechos, casi nunca para normar juicios; estamos ante el caso de un fabricante de teorías grandiosas que intenta saber cómo y por qué las fuerzas históricas tenían que desembocar en donde desembocaron: toda esa información caudalosa es usada, por ejemplo, para establecer que el general Díaz ascendió al poder el 5 de mayo de 1877, pero no se consigue demostrar que, al hacerlo, gozaba de la confianza de los partidos vencidos.⁴²

Esta afirmación —dice—, la verdaderamente interesante, no tiene sustento documental, y es, además, inexacta. Matiza al señalar que esas limitaciones son normales en una obra extensa y ambiciosa. Cree que Valadés partió de la imagen de Díaz como héroe, de ahí que tuviera algunos errores de juicio, aunque esto es más evidente en *El nacimiento* y mucho menos en *El crecimiento*. En este último juicio vemos a Cosío Villegas caer en el mismo prejuicio con que se vio inicialmente esta obra: como una apología de Porfirio Díaz. La admiración que tenía don Daniel por los liberales de la Reforma, a quienes Valadés critica con severidad, seguramente influyó en su juicio de *El Porfirismo*.

Conclusión

En *El Porfirismo* y en otras obras de Valadés encontramos a un historiador preocupado por dar un sentido y una utilidad a la Historia, característica más cercana a un historiador del siglo XIX. Su interés en resaltar lo mexicano buscaba rescatar el orgullo y la confianza que llevara al país a realizar grandes empresas, siendo una de las más trascendentes el camino a la libertad. El régimen de partido único era ciertamente un lastre, pero

⁴² Daniel Cosío Villegas, “La historiografía política del México moderno”, *Memorias del Colegio Nacional*, 1952, t. VII, p. 22-111, p. 23.

también una herencia. La Revolución que cargó con tantas esperanzas tenía por fuerza que desilusionar a muchos. Nuestro autor se acercó comprensivamente al Porfirismo, en parte por esa desilusión. Los grandes males que le achacaron a ese régimen no se solucionaron, como era de desearse, con la Revolución. Entonces, si el Porfirismo no engendró tantos males como se decía, ¿qué los causaba? Él creyó encontrarlo en esa falta de confianza del mexicano, al no habersele educado en el amor a lo propio; ese gobierno contribuyó a ello, puede decirse que es lo más condenable del Porfirismo. Pero también en ese periodo ve surgir el Estado, indispensable para fortalecer la nacionalidad. El Porfirismo es entonces una etapa más en esa búsqueda por lo propio; si se quiere, poco propicia, pero tal vez por esa misma condición engendró el deseo de encontrar lo mexicano en una etapa más luminosa, la Revolución.

En el eterno retorno que encuentra en su vida, y que tiene como premisa lo que se es de niño, pues todo lo demás serían reiteraciones de impulsos, deseos, vicios y razones surgidas en esa etapa, tiene una buena dosis de fatalismo. En la Historia también encuentra —creo yo— ese eterno retorno. El origen del Estado mexicano lo representa el Porfirismo, de ahí la importancia de estudiarlo, pero sobre todo de comprenderlo como una totalidad, como un ser vivo. Por eso le interesa tanto la política como la forma de vida, la alimentación, el vestido, las diversiones, la economía. Comprenderlo es una forma de entender lo mexicano, que se encuentra en la familia, las tradiciones, la religión. La obsesión del autor por su ascendencia y el papel que le da en sus estudios a la cultura religiosa tienen como fuente esa búsqueda. Si bien Valadés sabe que no es posible dejar de ser lo que se es, sí es factible descubrir nuevas facetas de la personalidad —que bien podían estar ocultas tras alguna máscara extranjerizante—, para superar vicios o taras de la niñez. Esas facetas pueden descubrirse a través de visiones diferentes de la historia, separadas sobre todo de la versión oficial. Ésa —creo— es una de las motivaciones principales de toda su labor historiográfica, presentar interpretaciones diferentes para descubrir nuevas vetas de lo mexicano, para que con ese primer paso el país pueda realizar grandes empresas. Es como poner el pasado histórico del país en el diván y decirle cuál es en verdad ese pasado, no el imaginado, no el estereotipado, sino el “auténtico” pasado.

En este trabajo hemos hablado de una vida construida, pero su constructor encontró en esa labor los cimientos de libertad, independencia, individualismo, así como apego a las costumbres y a la familia, que le sirvieron para escribir historia con libertad e independencia, emitiendo juicios que tal vez no fueron agradables en su tiempo por ir en contra del oficialismo y también porque en ocasiones eran juicios demasiado

precipitados. Fue un historiador sumamente capaz en el manejo de las fuentes, que buscaba la ecuanimidad para retratar un personaje o una época. Este ensayo se limitó a una de sus obras, ciertamente una de las más ambiciosas. Queda pendiente que otros emprendan el análisis de toda su obra historiográfica; espero que este trabajo sirva como aliciente para el estudio de tan singular escritor.

